**Antonio Rivera y Santiago de Pablo, *Profetas del
pasado. La conformación de una cultura política. III. Las
derechas en Alava***

Ignacio Olábarri Gortázar

Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bhce/795>

DOI: 10.4000/bhce.795

ISSN: 1968-3723

Editor

Presses Universitaires de Provence

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 junio 2017

Paginación: 316-320

ISSN: 0987-4135

Referencia electrónica

Ignacio Olábarri Gortázar, « Antonio Rivera y Santiago de Pablo, *Profetas del pasado. La conformación de una cultura política. III. Las derechas en Alava* », *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* [En línea], 51 | 2017, Publicado el 09 octubre 2018, consultado el 24 septiembre 2020. URL : <http://journals.openedition.org/bhce/795> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/bhce.795>

Antonio RIVERA y Santiago de PABLO

Profetas del pasado. La conformación de una cultura política. III. Las derechas en Álava,
Vitoria-Gasteiz, Ikusager, 2014, 752 p.+32 en dos cuadernillos de imágenes.

El libro que reseñamos culmina una trilogía que comenzó con la publicación por la misma editorial de la obra de Antonio Rivera *La utopía futura. Las izquierdas en Álava* (2008) y siguió con la de Santiago de Pablo *En tierra de nadie. Los nacionalistas vascos en Álava* (2008). Se trata de un conseguido intento de trazar los principales rasgos y evolución de las tres grandes tradiciones o culturas políticas del País Vasco y más en concreto de Álava en los siglos XIX y XX. Precisamente de las tres la derecha españolista, en sus diferentes versiones y salvo etapas muy breves, fue la cultura hegemónica en el territorio alavés.

Los dos autores de *Profetas del pasado*, expresión de Émile Faguet que apunta a que el pasado «alimenta las lógicas discursivas hacia el futuro de las derechas del universo mundo» (p. 18), que escriben distintos capítulos del libro pero que se responsabilizan en común de su contenido (el estilo de Rivera es más barroco y el de De Pablo más lineal), han estudiado a fondo la historia contemporánea de Álava, a la que han dedicado numerosos libros desde 1989. Además del «Prefacio. Una historia de familias», el libro se organiza en torno a cinco capítulos: «Nacimiento como reacción», desde comienzos del siglo XIX hasta la tercera guerra carlista; «Gobernando conservadoramente», Restauración canovista y dictadura de Primo de Rivera; «Contrarrevolución, política de masas y ruptura», II República y guerra civil; «Subsumidos en la dictadura», franquismo; y «Compitiendo sin ventajas», desde la Transición a nuestros días.

Dos son los temas del primer capítulo que parecen más interesantes: por un lado, la sucesión de guerras en los tres primeros cuartos del siglo XIX, que abren el camino del poder a los tradicionalistas por encima de los conservadores; por otro, «la reconciliación a través del fuerismo» (p. 51), en que se reencontraron, entre 1841 y 1868, los conservadores Ortés, Otazu, Arriola, Blas López, Egaña y otros con los carlistas marotistas. Como interpretan bien los autores, los fueros constituyen un concepto de semántica múltiple. Eran la esencia de la política vascongadista: ruralismo, tradición, costumbre, antimodernidad, religión, autoridad patriarcal, identidad etnolingüística, recelo de la centralización del poder y culto al pasado. Eran los términos que identifican históricamente al conservadurismo en todas las partes del mundo.

Durante la primera etapa de la Restauración, y a pesar del sentimiento generalizado de que la ley de 21 de julio de 1876 había supuesto una cesura entre la política comunitaria tradicional y una política «moderna» pero oligárquica y sucursalista, la realidad es que quienes siguieron gobernando Álava y Vitoria eran los conservadores liberal-fueristas, que procuraron excluir de las instituciones al carlismo, primer partido de masas de la provincia. Eran gente como el canovista Sebastián Abreu, el marqués de la Alameda y su hermano el Conde de Villafuertes, el catedrático Federico Baráibar, Álvaro Elío, etc. Pero, para los autores, el factor determinante de la política alavesa durante el medio siglo que duró la Restauración alfonsina fue el poder de los marqueses de Urquijo, estudiados entre otros por Onésimo Díaz. Para el control de la Diputación, la institución más poderosa después de la concesión de los Concierdos económicos, «la Casa» —como se denominaba familiarmente al conglomerado creado por la familia— no dudó en aliarse con políticos de otras filiaciones, ya fueran liberales o incluso integristas. Pero, además del poder de «la Casa» hay otros fenómenos políticos dignos de señalar en la Álava de la Restauración: el regreso a la política de los tradicionalistas, pronto divididos entre carlistas oficiales e integristas, siendo

los carlistas el mejor organizado «partido» alavés; con el cambio de siglo, la reconversión de la fractura tradicionalistas vs. liberales por otra de derechas vs. izquierdas contribuyeron a modernizar la confrontación política alavesa.

Los autores subrayan también las diferencias sociales y políticas entre la provincia y su capital y muestran cómo, al calor de las lentas pero innegables transformaciones económicas de Álava durante el reinado de Alfonso XIII, aparecen, junto a las formaciones obreras de izquierdas, y enfrentadas a ellas, los primeros grupos de obreros católicos y los primeros sindicatos agrarios; y se plantean tres renovadas cuestiones: la territorial-foralista, la religiosa y la social. Además, dentro del Partido Conservador, pronto se produce la escisión entre mauristas y datistas (que daría lugar en 1914 a la irrupción de Dato en la política local), al tiempo que empieza a tener protagonismo, al margen del resto de las derechas, el Partido Nacionalista Vasco.

La crisis de 1917 no mostró en Álava la fuerza autonomista que en sus dos hermanas costeras, pero sobre todo en la capital hubo un importante incremento de los conflictos sociales, con la organización en 1920-1923 de la CNT. Fue también el comienzo de una «deriva autoritaria» entre las derechas alavesas. Después del asesinato de Dato, los años finales de la Restauración concluían con unas derechas al copo, la crisis del carlismo (escisión mellista) y la continuada fuerza del urquijismo, hasta que la dictadura de Primo de Rivera concedió a las derechas alavesas, que se integraron en la Unión Patriótica y en el Somatén, todo el poder y sin disputas. Sin embargo, hubo también figuras y sectores de la derecha que se opusieron a la dictadura y ya en 1930 «algunos liberales de renombre desnivelaban el equilibrio político local a favor de los republicanos al desmarcarse abiertamente de la tutela tradicionalista y reaccionaria» (p. 333).

Con la proclamación de la II República, el 14 de abril de 1931, comenzaba para las derechas alavesas una etapa radicalmente distinta a la anterior, aunque en el contexto de la larga duración tenía sus antecedentes. Pero los intentos de cambios radicales hechos desde el poder pronto se encontraron con el rearme de la derecha, y de la derecha más extrema, personificada por el tradicionalismo carlista, de amplia base social, que tuvo como organización fundamental a Hermandad Alavesa (integrada en la Comunión Tradicionalista) y como líder prácticamente indiscutible a José Luis de Oriol y Urigüen. Solo a partir de 1933 aparecieron en Álava otras derechas: el Círculo Carlista del Núcleo Lealtad, aún más tradicionalista; Acción Popular Alavesa (CEDA); Renovación Española; por último, Falange Española y de las JONS, que, salvo excepciones, estaba formada por jóvenes (una veintena) de clase media-alta. El único partido que supuso un competidor real para Hermandad Alavesa en el campo confesional fue el PNV: ambos grupos rivalizaron a la hora de atraerse a su favor a la jerarquía de la Iglesia y a los grupos sindicales, familiares, educativos, etc., confesionales.

En esta etapa se presta especial atención al proceso de obtención de un Estatuto de autonomía para el País Vasco. A partir de 1932, Oriol se opuso a la entrada de Álava en el Estatuto. Tal y como señalan los autores, se «enlazaba así con ese sentimiento “provincialista” vinculado a la defensa de una tradición foral uniprovincial, del que también saldrían nuevos brotes en el futuro» (p. 393). 1933 es el momento de la recuperación por parte de la derecha alavesa de la mayoría perdida en 1931. Mientras en el País Vasco el gran triunfador era el PNV, en Álava Oriol obtuvo más de la mitad de los votos emitidos (el 49% en Vitoria), frente a la gran debacle de las izquierdas (12% de los votos, frente al 40% de 1931).

Durante el nuevo bienio el ambiente político fue totalmente distinto, destacando la incidencia de la revolución socialista de octubre de 1934 que, aunque apenas tuvo repercusión en Álava, radicalizó más a las derechas, que identificaban ya «República» con «Revolución». La sorpresa fue que en las siguientes elecciones generales, las de febrero-marzo de 1936, en las que las izquierdas iban unidas en el Frente Popular, las derechas alavesas acudieron desunidas: carlistas y cedistas presentaron sus propias candidaturas. Pese a todo, en Álava y en Vitoria la derecha españolista obtuvo el mayor porcentaje de votos de todas las elecciones de la República. Los autores se inclinan a considerar que, de no haber cortado en seco la Guerra civil la vida democrática, la CEDA hubiera podido centrar la vida política alavesa: «el extremismo de las diferentes derechas ha encajado siempre mal en Vitoria y Álava, gobernadas tradicionalmente por élites políticas y socioculturales conservadoras, pero no reaccionarias» (p. 420).

De la guerra civil los autores hablan del éxito de la sublevación sin excesivas dificultades, de los miles de jóvenes de la provincia que se enrolaron como voluntarios especialmente en el Requeté, mientras en Vitoria se notaba cierta «frialdad» hacia el golpe, algo que explica en parte que en Álava la represión no fuera tan dura como en otras zonas controladas por los alzados. La actitud de las derechas en ella fue muy variable, según momentos, partidos y zonas geográficas, aunque, tal y como ha estudiado Javier Gómez Calvo, no hubo una lógica *exterminista* o *genocida* en la represión. Otro tema clave es la unificación de tradicionalistas y falangistas en abril de 1937, que no acabó con las luchas internas en el bando sublevado. Entre los antiguos carlistas comandados por Oriol, partidario de la unificación, pronto aparecieron disidencias.

En el capítulo IV se hace la historia del franquismo y de las derechas alavesas en esa etapa. Los autores narran el fracaso de la implantación del partido único en Álava, la domesticación del carlismo por el régimen y sus divisiones internas –muy vinculadas a sus problemas dinásticos– y los conflictos en Falange. Se suceden los cambios en el Gobierno civil, la Diputación y el Ayuntamiento de Vitoria, cuyo sentido explican los autores pero que no alcanzan a atraer el interés del lector. Se habla a continuación de la democracia «orgánica», así como de los amañes del largo tiempo gobernador civil Luis Martín-Ballester para controlar la «farsa» de las elecciones municipales. Es importante la observación de que, con el paso del tiempo, parece que «el franquismo, entendido en un sentido genérico, estaba ganando la partida a los grupos específicos que se habían unido para combatir a la República en 1936» (p. 542).

Dos acontecimientos importantes marcaron, en la divisoria de la década de los cuarenta con la de los cincuenta, la política alavesa: la decisión de la Santa Sede (julio de 1949), presionada por el régimen, que seguía considerando la Diócesis de Vitoria como un vivero del nacionalismo vasco, de dividirla en tres (Vitoria, Bilbao y San Sebastián) y el subsiguiente revuelo «alavesista» y «vitorianista»; y la trascendente huelga general de Vitoria de mayo de 1951 (en la que participaron trabajadores de todas las tendencias, incluidos los de movimientos católicos), que enfrentó al obispo Bueno Monreal con Martín-Ballester. La huelga dio lugar a una fuerte represión y a un proceso judicial que incluyó presiones gubernamentales frente a las instancias judiciales y conflictos entre el Gobierno civil y los abogados de los huelguistas, entre los que había conocidos monárquicos como Guillermo Elío. El manejo de la huelga desacreditó a Martín-Ballester, que cesó en febrero de 1956; pero antes había tomado algunas decisiones importantes como el nombramiento del antiguo requeté Gonzalo Lacalle Leloup como alcalde de Vitoria (octubre de 1951),

quien protagonizaría el comienzo del franquismo desarrollista y tecnocrático que mantuvo su sucesor (1957-1961) Luis Ibarra Landete.

Con el nombramiento por el nuevo gobernador civil, Antonio Rueda, de un nuevo presidente de la Diputación, Manuel Aranegui (octubre de 1957), se fortalecía el nuevo franquismo tecnocrático que ya representaba Lacalle Leloup en Vitoria y que iba a imperar en Álava en los lustros siguientes. Ayuntamiento y Diputación actuaron coordinadamente, el primero aprobando un nuevo Plan General de Ordenación Urbana (1956) y la segunda aprobando nuevas medidas fiscales –el grado de autonomía que permitía el Concierto económico fue en este punto fundamental–, que facilitaron la llegada de nuevas industrias consideradas beneficiosas para el desarrollo de la provincia. Como dicen los autores, en aquellos años Álava y sobre todo Vitoria se transformaron «a velocidad de vértigo» sin que hubiera un cambio fundamental en las élites locales ni en la política pública de memoria (en este caso hasta 1964). Iban renovándose las derechas alavesas, como en estos años cambiaba el propio régimen, siendo las municipales de 1963, con la presencia entre los candidatos de tres *concejales sociales* –apoyados por las principales manifestaciones del «catolicismo social»– que derrotaron a los candidatos oficiales.

Desde la segunda mitad de los sesenta se siguieron produciendo cambios en los puestos institucionales de mayor responsabilidad; fueron elegidos concejales de Vitoria hombres que jugarían un papel importante después de 1975 (Alfredo Marco Tabar, José Ángel Cuerda) y varias mujeres, aunque, a diferencia de otras ciudades como Pamplona, nunca estuvo en peligro la mayoría adicta al régimen. En los 60 se encuentran interesantes ejemplos de foralismo y regionalismo, como los proyectos de regionalización de 1961, 1967 y 1973 (este último muy parecido al diseñado en su *Vasconia y su destino* por José Miguel de Azaola).

Recordemos también otros fenómenos específicos del tardofranquismo en la provincia: el incremento de los conflictos laborales; el recrudecimiento de la oposición al régimen y de la consiguiente represión por parte de este, aunque fue menor que en otras provincias; la *despolitización* de las principales instituciones alavesas, más preocupadas por la promoción del desarrollo económico; la continuidad –no solo entre las derechas– de determinadas élites locales del final del franquismo y de la Monarquía de Juan Carlos I; la cuasidesaparición de algunos grupos derechistas alaveses como los falangistas o los «monárquicos antifranquistas» y su no sustitución por nuevos partidos sino más bien por la presencia de ese «espacio intermedio entre el régimen y la oposición» (Hunneus) tan característico del tardofranquismo; por último, la definitiva crisis del que había sido el primer partido de masas de la derecha alavesa, el carlismo, con el desconcierto que entre los carlistas de a pie supuso el viraje hacia la izquierda que desde 1967-68 dio al movimiento José M^a Zavala.

Con el título significativo de «Compitiendo sin ventajas», el último capítulo del libro muestra a la derecha alavesa durante el reinado de Juan Carlos I –una derecha en la que se entrecruzaban apellidos de siempre y gente «nueva»–, que, después de la difícil transición, consiguió, haciendo política, jugar un papel de primera importancia, como siempre, en la política alavesa, a pesar del fardo del inmediato pasado franquista y de la competencia del nacionalismo vasco y de los partidos de izquierda. Pero la transición en Álava no comenzó bien: es obligado referirse a los dramáticos sucesos del 3 de marzo de 1976, que entre otras cosas demostraron que la unidad entre las derechas gobernantes se había roto. Todavía en las elecciones a Cortes de 1977 los alaveses eligieron la opción que representaba el proyecto de transición del presidente Adolfo Suárez y su partido, la UCD. Ganó la «mayoría silenciosa» alavesa y se estrellaron, en cambio, las candidaturas de Alianza Popular, a pesar

de que la constituían los principales representantes de la derecha local (entre ellos muchos carlistas), y de la Democracia Cristiana Vasca, cuya cabeza de lista fue el futuro socialista Fernando Buesa, asesinado por ETA en 2000.

Durante los años ochenta la derecha alavesa pasó por su «espiral de silencio», fruto de la hegemonía nacionalista, los efectos sociales de la crisis económica y los «años de plomo» del terrorismo de ETA. La refundación de la derecha alavesa en 1990 en el Partido Popular, obra en la provincia entre otros de Ramón Rabanera (buen exponente de lo que era el nuevo centro-derecha alavés), se encontró ese mismo año con el gran obstáculo de la escisión de Unidad Alavesa, liderada por Pablo Mosquera —la última, hasta ahora, manifestación del «alavesismo»—, que tuvo sus años dorados en la década de los noventa. Como afirman los autores, «el siglo XXI, incluso con sendos gobiernos socialistas en España y en el País Vasco, viene siendo política y electoralmente exitoso para la derecha alavesa» (p. 692). Hoy las derechas alavesas afrontan el futuro desde una posición hegemónica, con unos líderes que ocupan un espacio muy ancho —e incluso contradictorio a veces—, evitando la secular confrontación entre conservadores y tradicionalistas y con una significativa presencia en la política española.

En definitiva, el libro de Antonio Rivera y Santiago de Pablo constituye una aportación muy considerable a nuestro conocimiento de las derechas alavesas en la Edad Contemporánea y su trilogía sobre las culturas políticas de la provincia merece ser imitada en otros territorios del País Vasconavarro y de España. Los autores saben que hay que investigar más, especialmente sobre la Restauración y el franquismo. La única objeción de importancia que encuentro a su empresa intelectual procede de una decisión que los autores ya anuncian en el «Prefacio»: «por exigencias de diseño editorial hemos prescindido de notas para referir las respectivas fuentes documentales», pero el libro está basado en la «investigación directa y en la amplia bibliografía consultada, reseñada solo en parte al final del volumen» (p. 18). Dicha decisión es respetable, pero en bastantes ocasiones el lector no sabe de qué documentos se toman las citas o se encuentra con referencias a autores cuyos libros no se citan, como sucede con José Álvarez Junco, José Andrés-Gallego, Luis Castells, Gabriele Ranzato o Walther Bernecker.

Una observación final: en una deseable reedición del libro sería muy útil la incorporación de tablas con los resultados electorales, al menos para los periodos democráticos, y genealogías de las principales familias de las derechas alavesas.

Ignacio OLÁBARRI GORTÁZAR
Universidad de Navarra